

El complejo de EDIPO

Mito y tragedia de EDIPO REY

Layo, rey de Tebas, esposo de Yocasta, recibe de parte de las dioses un oráculo aterrador: un día será asesinado por su propio hijo, el cual le substituirá también en el lecho matrimonial casándose con la reina. Ahora bien, Yocasta será al mismo tiempo la madre y la esposa del joven rey advenedizo.

Layo, temeroso de que el oráculo se cumpla, ordena que su hijo Edipo, recién nacido, sea abandonado en el monte Citerión.

Pero Edipo logró subsistir a su suerte; fue encontrado por unos pastores y entregado a los reyes de Corinto que lo adoptaron como hijo.

Cierta día llegó a oídos del joven Edipo el oráculo que pesaba sobre él. Para evitar que semejante desgracia se cebara en los reyes de Corinto, a quienes él tenía por sus verdaderos padres, huyó de la ciudad.

En el camino discutió con un viajero; llegaron a las manos y Edipo lo asesinó. El viajero se llamaba Layo.

Edipo continuó su viaje. Venció con sus respuestas el poder de la Esfinge que tenía atemorizada a la ciudad de Tebas, y en señal de gratitud, la ciudad le otorgó no sólo su hospitalidad sino la mano de su hermosa reina, recientemente viuda. La reina se llamaba Yocasta.

Poco después sobrevino una peste en la ciudad. ¿Castigo de los dioses por algún crimen oculto? Los oráculos denunciaban la presencia de un culpable.

El rey Edipo ordenó que la investigación se llevase con absoluto rigor: ¡caiga quien caiga! Finalmente se hizo una pavorosa luz sobre la situación: sin saberlo, Edipo había sido el asesino de su padre y se había casado con su propia madre.

Al saber la noticia, Yocasta se ahorcó con su ceñidor y el rey Edipo se punzó los ojos con el alfiler de oro de la reina.

Basándose en el argumento de dos tragedias griegas surgen dos teorías: el Complejo de Electra y el Complejo de Edipo, que explican la inclinación infantil hacia los padres de distinto sexo: deseo de posesión del padre por parte de la niña y posesión de la madre por parte del niño.



Diálogo

ANTISOCRÁTICO

sobre el sentido del complejo de EDIPO

NOTA. - Don Gregorio Marañón aplicó ese adjetivo a la palabra diálogo (¡tan socrática ella!) cuando trató de dialogar con menos sentido mayéutico que rigor científico a propósito del "Corydón" de André Gide.

El diálogo que viene a continuación no es antisocrático por interés polémico sino por directivismo didáctico.

Sr. González Arosa

Si mal no recuerdo, al comienzo de su charla ha mencionado usted los graves desacuerdos entre Freud y sus colegas a propósito del complejo de Edipo.

Prof. R. Salambier

La oposición ha sido mucho más radical; lo impugnado por los colegas de Freud no fueron únicamente los presupuestos y las manifestaciones del complejo de Edipo sino la totalidad del sistema freudiano. Sin embargo, no se puede negar que el planteamiento del conflicto edípico suscitó una particular animadversión por parte de las mentes bien pensantes de la época.

Sr. González Arosa

Eso me ha parecido entender. Por otra parte han transcurrido sesenta años desde que aquella teoría fue formulada por primera vez y a este propósito me he permitido pedir la palabra en el coloquio. Mi pregunta es ésta: ¿no cree usted que la animadversión contra las teorías edípicas, por parte de una mayoría de educadores, seguirá teniendo la misma fuerza ya que, a juicio de esta mayoría, siguen siendo válidas las objeciones que se le pueden oponer?

Prof. R. Salambier

Le ruego que exponga usted su punto de vista.

Sr. González Arosa

Lo haré con sumo gusto. El mito y la tragedia de Edipo forman un bloque literario particularmente sugestivo y estremecedor. El horror y la fatalidad han purificado de raíz lo que pudo no haber sido más que un folletín desacostumbradamente obs-

ceno. Pero ¿cuál es, en realidad, su verdadera transcripción psicológica?, o en otras palabras ¿de qué argumentos se ha servido Freud para demostrar que en la conciencia de todo ser humano, entre los dos y los cinco años, surgen los impulsos edipianos de casarse con su madre y de asesinar a su padre?

Prof. R. Salambier

Antes de responder a su pregunta me voy a permitir hacerle una pequeña corrección de lenguaje; usted ha hablado de conciencia; pero el conflicto edípico no se presenta en la conciencia sino casi totalmente en la zona de lo inconsciente, lo cual quiere decir que el niño no es consciente de su problema y de la razón de sus tensiones interiores.

Por otra parte, trate usted de recordar algo que yo he creído suficientemente diáfano en mi disertación, y pido perdón por haberlo presumido. Allí nos preguntábamos qué elementos del mito de Edipo son los verdaderamente significativos en el plan psicológico universal, y habíamos tomado precisamente esos dos: el deseo de posesión de la madre y el deseo (mucho más difícil de matizar) de la eliminación del padre.

Sr. González Arosa

Pero esa es mi dificultad. ¿Por qué esos dos elementos precisamente?... ¿qué es lo que ha motivado su elección como significativos de la relación entre el niño y sus padres?... ¿por qué precisamente la ilustración a través de un caso tan poco edificante como el de Edipo rey?

Prof. R. Salambier

Permítame hacer una nueva salvedad a propósito de esa última objeción.

Tanto en psicología como en el resto de las ciencias, conviene liberarse de la fascinación de los nombres. ¿No ha observado usted que muchas veces es imposible proceder a una investigación más libre por someternos demasiado literalmente a una nomenclatura?

En el caso del complejo de Edipo, deberíamos romper con la rigidez esquemática del mito. De hecho, Freud no ha encontrado un esquema más convincente para verter en él los resultados de su investigación, pero sería posible encontrarlo en lo sucesivo. Por lo tanto, la terminología edipiana es un signo convencional.

Vuelvo al núcleo de su dificultad. Creo entender que su pregunta se podría formular de esta otra forma: ¿cuáles son los datos o los fenómenos empíricos que justifican ese paralelismo entre la conducta de Edipo y la conducta del niño en esta etapa de su desarrollo?

Trataré de observar los hechos desde el exterior, sin descender a zonas de exploración más difícil como sería la de la actividad fantasmática del niño en esta situación. No olvido que estoy hablando a educadores y no a un congreso de psicoanalistas.

(risas...)

Como datos de observación tenemos los siguientes:

- una manifiesta dependencia "física" del niño con respecto a su madre; ella es la fuente de su nutrición, la que le proporciona sus mayores satisfacciones, el argumento máximo de su seguridad personal...
- si tenemos en cuenta la escasa evolución psicológica del niño en esta etapa, deberemos concluir que esta dependencia física implica por concomitancia una dependencia psicológica total; el niño no tiene una personalidad definida; de ser alguna cosa, es una inmensa capacidad receptiva, absorbente, devoradora... que tiende a incorporar a su haber, sin admitir competencia ni concurrencia, aquello que le puede satisfacer plenamente, en este caso la madre.

— el niño se muestra frecuentemente mimoso; manifiesta no pocas veces una especie de tendencia "regresiva" que le hace sentirse tan a gusto en el regazo materno... le ofenden las palabras con que se le invita a abandonar esa posición confortable: "con lo grandullón que eres"... "deja en paz a mamá...", etc. El niño está "enmadrado".

— en medio de este cuadro general, aparece la persona del padre. El niño percibe más o menos confusamente, que ese personaje, a quien por otra parte adora, tiene también una relación muy personal con la madre. ¿Es un intruso que le va a obligar a renunciar a una parte de su posesión exclusiva?... ¿Es un rival o, por lo menos, un regulador molesto que señala inexcusablemente a qué horas puede el niño tener para sí a toda la mamá y a qué horas deberá compartirla, cederla, correr quizás el riesgo de perderla?

Perdón: estoy formulando con un exceso de objetividad y de simplificación algo que ocurre, como hemos dicho, en zonas más oscuras de la personalidad.

Los indicios más externos que permiten dar un primer sentido a los que acabamos de enumerar, radican en ciertas formas de lenguaje bastante comunes en esta etapa. Por ejemplo:

"cuando yo sea mayor, me voy a casar con mamá";

"cuando se muera papá...";

"cuando se marche papá, yo me quedo contigo y te quiero mucho";

"no me gusta que papá te bese, porque hace daño con la barba" ...

Los equivalentes de estas palabras en la conducta del niño, los tememos en sus mal disimuladas explosiones de celos, en sus repentinos retraimientos, en sus manifestaciones de agresividad e incluso en efusivas manifestaciones de cariño hacia el papá como revancha contra esa resistencia de la mamá a ser toda para él, con lo cual trata —a su modo— de provocar una reacción por parte de la madre a favor de su tendencia. Co-

mo manifestaciones límites tenemos ciertos casos de enfermedad: durante ese período el niño tiene todas las garantías de obtener una dedicación total por parte de la madre, de disfrutar integralmente los bienes de su comunicación y de su mimo...

Sr. González Arosa

Permítaseme que insista en mi posición. ¿Se puede construir una teoría tan audaz como la del completo de Edipo a base de datos tan superficiales? Y por otra parte recordemos que estamos hablando de sexualidad; pero ¿cómo se deduce de ahí la raíz erótica de esas manifestaciones?

Prof. R. Salambier

En primer lugar, lo que nos obliga a no desestimar estos datos es su reconocida universalidad. Hagan ustedes mismos la prueba: en sus reuniones de matrimonios, en la escuela de padres, por medio de una confrontación de encuestas... Ustedes mismos podrán aportar datos en este sentido; datos de una experiencia inédita que, por otra parte, resulta universal.

Por otra parte, no podemos argüir en contra de lo que esos datos decimos que revelan, basándonos en que son datos insuficientes y escasamente significativos. El niño no tiene todavía bien montados los mecanismos de su capacidad expresiva; sus manifestaciones son, electivamente, a simple vista, poco dramáticas... lo cual no quiere decir que en el fondo no lo sean. Una enfermedad infantil grave, se puede manifestar con unos grados de fiebre y un berrinche...

En cambio resulta, a todas luces, mucho más problemático lo que usted ha llamado el carácter erótico del problema.

Sr. González Arosa

A mi modo de ver, estamos ante el telón de Aquiles de la teoría de Freud.

Prof. R. Salambier

Vale su opinión. Trataré de responderle. Para los psicoanalistas más fervientes, la apetencia

del niño por la madre tiene un carácter marcadamente, pero inconscientemente, sexual, y por tanto incestuoso. De ahí provino el escándalo. Nuestro super-yo nos lleva a negar la hipótesis con terquedad.

Los que se han manifestado radicalmente en contra, no han podido soslayar los datos objetivos de los que hemos hablado hace poco y se han esforzado por interpretarlos de una forma menos mítica y más razonable... Todo se reduciría a un movimiento genérico en la concurrencia hacia la nutrición y en busca de una posición de preferencia. Todo perro es celoso; hasta los pájaros lo son... La aspiración a desembarazarse de los competidores en la alimentación, la amistad, la tutela y el afecto, es natural. Así piensa, por ejemplo Friedrich W. Föerster.

Pero esa interpretación no prejuzga, en absoluto, la no intervención de elementos eróticos en el problema.

Recordemos que al hablar de la sexualidad infantil, hemos insistido en la importancia del adjetivo: *infantil*. Con ello tratábamos de matizar el concepto de lo sexual. Y decíamos que por ser infantil, esa sexualidad se substraía a muchas de las notas específicas de la sexualidad adulta. Como equivalentes, o como términos más afines a la naturaleza de las manifestaciones sexuales del niño, hemos hablado de afectividad, sensibilidad y aun sensualidad, excluyendo en principio toda pulsión de tipo manifiestamente genital como se dará, más tarde, en la adolescencia.

Así entendida esa sexualidad infantil es difusa y móvil en cuanto a sus objetos y sus expresiones. Así entendida, el acto sexual consumado de Edipo con su madre, tendría su equivalente no literal ni moralmente incestuoso, en esa torrencial afectividad del niño hacia la madre; afectividad tendente a la posición total, a una cierta forma de incorporación a ella, o de ella a él... y en último término, estarían ahí los fantasmas edipianos como desveladores de la naturaleza profunda del problema.

La idea de la eliminación del padre habría que rebajarla a esta misma escala, conservando al

mismo tiempo la constante de ese deseo que aparece bastante claro en el lenguaje infantil, y las íntimas contradicciones del mismo ya que el niño, como hemos dicho, adora, teme, envidia, admira a su progenitor.

Sr. González Arosa

Si nos atenemos a todos esos datos ¿cómo explicar sin forzar las cosas la situación conflictiva de la niña?... ¿o habrá que mantener que se trata de una problemática exclusivamente masculina?

Prof. R. Salambier

Esperaba su pregunta, y he de confesarle que no le veo fácil respuesta a nivel de divulgación.

Empiezo por remitirle a usted a la visión crítica del complejo de Edipo en "El segundo sexo" de Simone de Beauvoir. Es importante por tratarse de una mujer, y de una mujer de su lucidez analítica.

Por mi parte le recordaré lo que hemos dicho poco antes: el fixismo del esquema impide su movilidad; Edipo no da para los dos sexos y ha habido que buscar otro esquema igualmente literario para explicar el problema de la niña: la figura es Electra, hija de Agamenón, que fue asesinado por su esposa y Egisto, el amante, durante el baño. Electra toma a su cargo la venganza del padre y se convierte en enemiga de su madre.

El esquema es menos complejo y hasta un poco traído por los pelos. En él se ha querido estereotipar la tendencia de la hija hacia el padre y su rivalidad con la madre, problema inverso al que ocurría con el niño.

El fenómeno es de todos conocido, pero este cruce de los sexos (el hijo hacia su madre, la hija hacia su padre) a juicio de no pocos especialistas no radica en la naturaleza sexual de la persona sino en algo que podríamos llamar, paradójicamente, naturaleza cultural, lo cual supone una elaboración de la misma psicología en contacto con las presiones y los influjos profundos de la cultura.

Para Alfred Adler, que casi reduce todo el problema del complejo de Edipo a un problema de egocentrismo y de mimo y que rechaza igualmente el fundamento de naturaleza sexual de la tendencia de la niña hacia su padre... ambos mitos se quedan vacíos. Como resumen afirma:

"En los casos en que esto haya ocurrido sin previa intervención del mimo, estamos en presencia de una precoz comprensión del futuro papel sexual, es decir, de una fase que ha de sobrevenir mucho más tarde. El niño se prepara en forma lúbrica para el futuro, casi siempre sin que intervenga en ello el instinto sexual, y tal como lo hace entantos de los juegos que emprende. El impulso sexual precozmente avivado, revela sobre todo el egocentrismo del niño, casi siempre mimado, que no sabe rehúsar ni el más leve deseo." ("El sentido de la vida", A. Adler.)

Sr. González Arosa

¿Es ésa su opinión?

Dr. R. Salambier

Mi opinión creo que ha quedado suficientemente clara en la conferencia de esta noche.

Quisiera añadir únicamente que teniendo en cuenta la misión de ustedes como educadores, lo importante no es llegar a una disquisición de tipo teórico; por encima de un problema de naturalezas específicas, de esencialidad o no esencialidad sexual, aquí tenemos, en plena niñez, un bloque de problemas afectivos, vivenciales, radicados en lo más íntimo de la personalidad infantil, con evidentes repercusiones en toda la vida afectiva y sexual posterior, y consiguientemente comprometiendo también una sana estructura de la personalidad adulta. Eso es lo que debe preocuparles, lo que debe orientar su atención a la hora de decidirse a impartir a sus hijos y a sus educandos una auténtica educación sexual.

Les pido mis disculpas si trato de simplificar. Me dicen que es la hora y debemos dar por terminado el coloquio.

La SOLUCION de la crisis EDIPICA: identificación con el modelo del propio sexo

*Con la maduración del sexo psicológico,
el niño llega a la identificación
con el modelo masculino del padre.*

"¡Eso no está bien! ¡Eso está prohibido! ¡Papá se está enfadando y te va a...!"

"Si mamá quiere tanto a papá, tanto que a veces se olvida de ti, ¿por qué no te esfuerzas en parecerle a papá para ganar a mamá?... ¡Ser como papá, tan bueno, tan fuerte, tan hábil!"

"Si papá quiere tanto a mamá, tanto que a veces se olvida de su niño, ¿por qué no imitas a mamá? ¡Ser como mamá, tan femenina, tan elegante, tan cariñosa!"

.....

Esas frases no son más que una gruesa transcripción de las dos grandes fuerzas que van a contribuir a la solución de la crisis edípica en el niño y en la niña: el sentimiento de culpabilidad y la eliminación del problema por identificación con la figura que juega el papel hostil en el mismo: el padre para el niño, la madre para la niña.

El proceso, en su mayor parte subconsciente, no es fácilmente narrable porque correríamos en todo momento el riesgo de simplificarlo.

Pero lo verdaderamente interesante es que el educador no ignore la existencia de este proceso y admita que si este proceso existe, la figura de los padres vuelve a alcanzar en él una importancia decisiva.

El niño no llegará a ser sexualmente aquello que se le mande ser, sino aquello para lo que genética, hormonal y genitalmente está preparado. Ahí están también los fundamentos de su sexo psicológico.

Ahora bien, es ahí, en la maduración de ese sexo psicológico, donde estos tempranos modelos masculino y femenino (el padre y la madre) van a ejercer un influjo profundo.

Para que el niño llegue a esta identificación con el modelo masculino del padre, o para que la niña se identifique con el modelo de la madre, ambas figuras deben aparecer como imitables —y deberán serlo!— no ofreciendo resistencias de carácter, de distanciando, de ausencia, de diferencia o de absorción desorbitada.

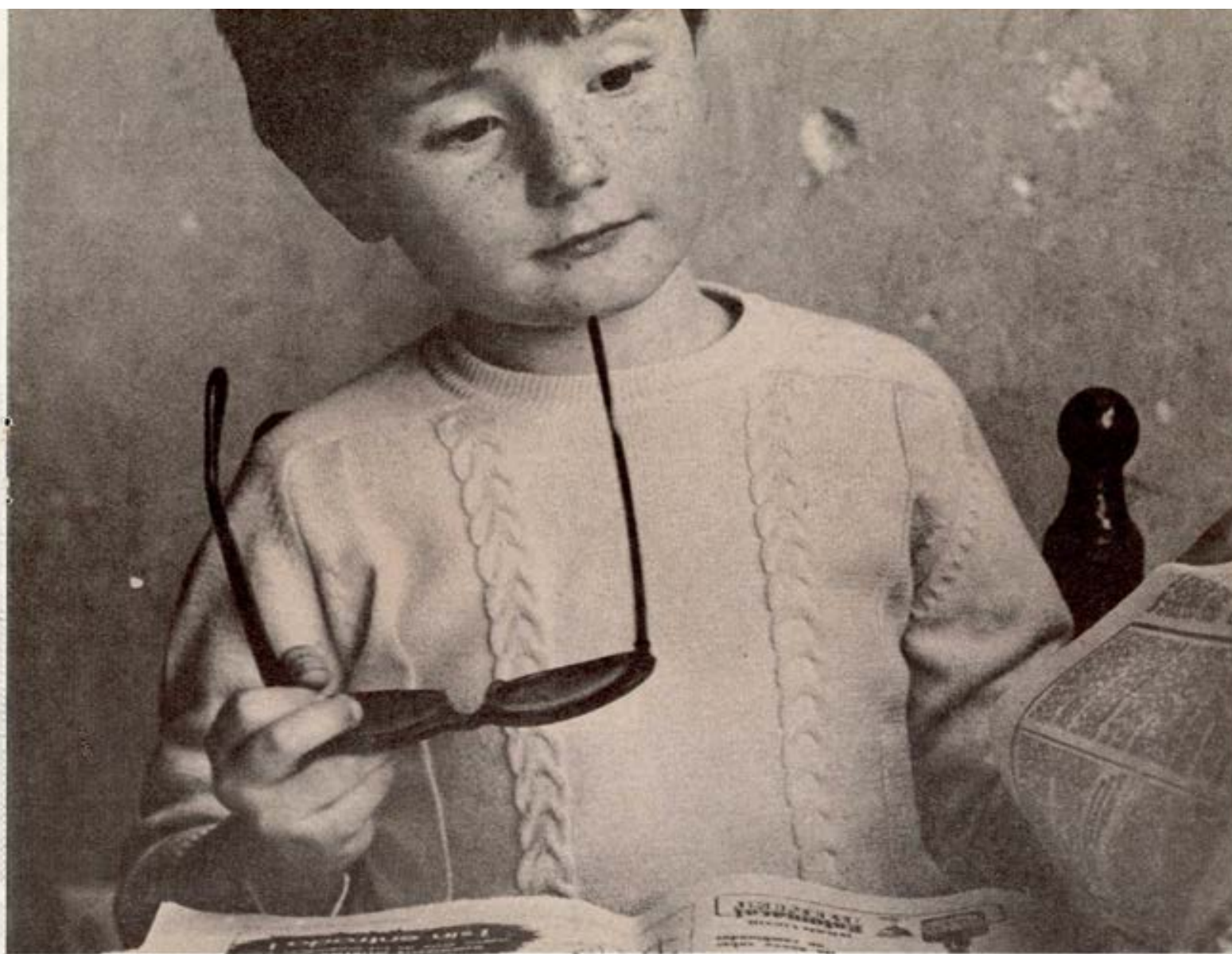
"La señora C se quejaba de su hijita Micaela a los cinco años, porque siempre la tenía encima queriendo hacer todo cuanto ella hiciera; a base de reprimendas se la quitaba de encima. Ahora que tiene ocho años, la señora C se queja de que la niña no quiere ayudarla nunca en nada cuando ya tiene edad para hacer algo."

"El señor R quisiera que su hijo de cinco años fuera deportista y fuerte como él. Somete a su hijo a entrenamientos superiores a sus fuerzas, y aunque hay momentos en que el niño desea luchar, correr o montar en bicicleta, no se atreve a manifestarlo a su padre por temor al fracaso y a las regañinas consiguientes."

Estos dos casos están tomados del libro de Myriam David, "El niño de 2 a 6 años". El mismo profesor M. David es quien comenta:

"Estas actitudes paternas descorazonan al niño. La desvalorización hace nacer en ellos un complejo de inferioridad unido al miedo de crecer y convertirse en adultos.

"La propia personalidad de los padres, incluyendo en ella los sentimientos inconscientes, su actitud ante los impulsos sexuales y afectivos del niño, unida o no a dificultades en las relaciones conyugales, perturban profundamente el proceso de identificación:



"Guy es hijo único de un matrimonio desgraciado. Su madre, bonita, refinada, distinguida y muy femenina, soporta mal el carácter brutal de su esposo. La esposa se encuentra siempre fatigada, deprimida e insatisfecha... El esposo es un hombre de prestigio profesional sólido que siente necesidad de afecto y admiración, pero su entusiasmo y su vitalidad chocan constantemente con las críticas peyorativas de su mujer.

"El nacimiento de Guy acrecentó esta división del matrimonio porque la esposa buscó una compensación en el hijo. Guy le profesa un amor apasionado.

"A los dos años y medio es un niño hermoso, fino, delicado, sensible y afectuoso. Por complacer a su madre y responder a sus deseos es bueno, pacífico, cariñoso, no muestra la menor agresividad y no le gusta ningún juego de niño. Poco a poco se convierte en el consuelo de su madre y va experimentando hostilidad hacia su padre. "Sus sentimientos no pueden evolucionar porque su madre tiene necesidad de él y lo mantiene adicto.

"Para complacerla, debe parecerse a ella y no al padre.

"A los seis años es un niño muy bien educado, fácil, obediente, afectuoso y afeminado... Pusilánime y perezoso, llora por cualquier cosa y sus compañeros de colegio le llaman 'nenita'."

"El niño tiene una profunda necesidad de sentir a sus padres dichosos y de completo acuerdo. Las relaciones conyugales discordantes son terribles en sus efectos sobre el desarrollo evolutivo del niño, convierten la sexualidad en algo temible y pueden conducirlo a reprimirla u orientarla por falsos derroteros.

"Se observa, pues, claramente, cómo la personalidad de los padres y el aspecto de sus relaciones, favorecen o perturban el proceso de identificación y la influencia en su orientación, dando una forma favorable o desfavorable a las relaciones afectivas que el niño es capaz de establecer y que pesarán más tarde sobre toda su vida."

(Id.)